



Palabra Dominical

XIII Domingo del tiempo ordinario

Antífona de entrada

Sal 46,2

Pueblos todos, aplaudan; aclamen al Señor con gritos de júbilo.

Se dice Gloria.

Oración Colecta

Señor Dios, que mediante la gracia de la adopción filial quisiste que fuéramos hijos de la luz, concédenos que no nos dejemos envolver en las tinieblas del error, sino que permanezcamos siempre vigilantes en el esplendor de la verdad. Por nuestro Señor Jesucristo

Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo.



Del libro de la Sabiduría: 1, 13-15; 2,23-24

Dios no hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes. Todo lo creó para que subsistiera. Las creaturas del mundo son saludables; no hay en ellas veneno mortal.

Dios creó al hombre para que nunca muriera, porque lo hizo a imagen y semejanza de sí mismo; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo y la experimentan quienes le pertenecen.

Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial

Del Salmo 29

R. Te alabaré, Señor, eternamente.

- ✓ Te alabaré, Señor, pues no dejaste que se rieran de mí mis enemigos. Tú, Señor, me salvaste de la muerte y a punto de morir, me reviviste. **R.**
- ✓ Alaben al Señor quienes lo aman, den gracias a su nombre, porque su ira dura un solo instante y su bondad, toda la vida. El llanto nos visita por la tarde; por la mañana, el júbilo. **R.**
- ✓ Escúchame, Señor, y compadécete; Señor, ven en mi ayuda. Convertiste mi duelo en alegría, te alabaré por eso eternamente. **R.**

Que la abundancia de ustedes remedie la necesidad de sus hermanos pobres.

De la segunda carta del apóstol san Pablo a los corintios: 8, 7.9.13-15

Hermanos: Ya que ustedes se distinguen en todo: en fe, en palabra, en sabiduría, en diligencia para todo y en amor hacia nosotros, distínganse también ahora por su generosidad.

Bien saben lo generoso que ha sido nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo pobre por ustedes, para que ustedes se hicieran ricos con su pobreza.

No se trata de que los demás vivan tranquilos, mientras ustedes están sufriendo. Se trata, más bien, de aplicar durante nuestra vida una medida justa; porque entonces la abundancia de ustedes remediará las carencias de ellos, y ellos, por su parte, los socorrerán a ustedes en sus necesidades. En esa forma habrá un justo medio, como dice la Escritura: Al que recogía mucho, nada le sobraba; al que recogía poco, nada le faltaba. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**



Aclamación antes del Evangelio

Cfr. 2 Tim 1, 10

R. Aleluya, aleluya.

Jesucristo, nuestro Salvador, ha vencido la muerte y ha hecho resplandecer la vida por medio del Evangelio. **R.**

¡Óyeme, niña, levántate!

Del santo Evangelio según san Marcos: 5, 21-43

En aquel tiempo, cuando Jesús regresó en la barca al otro lado del lago, se quedó en la orilla y ahí se le reunió mucha gente. Entonces se acercó uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo. Al ver a Jesús, se echó a sus pies y le suplicaba



con insistencia: "Mi hija está agonizando. Ven a imponerle las manos para que se cure y viva". Jesús se fue con él, y mucha gente lo seguía y lo apretujaba.

Entre la gente había una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años. Había sufrido mucho a manos de los médicos y había gastado en eso toda su fortuna, pero en vez de mejorar, había empeorado. Oyó hablar de Jesús, vino y se le acercó por detrás entre la gente y le tocó el manto, pensando que, con sólo tocarle el vestido, se curaría. Inmediatamente se le secó la fuente de su hemorragia y sintió en su cuerpo que estaba curada.

Jesús notó al instante que una fuerza curativa había salido de él, se volvió hacia la gente y les preguntó: "¿Quién ha tocado mi manto?". Sus discípulos le contestaron: "Estás viendo cómo te empuja la gente y todavía preguntas: '¿Quién me ha tocado?'". Pero él seguía mirando alrededor, para descubrir quién había sido. Entonces se acercó la mujer, asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado; se postró a sus pies y le confesó la verdad. Jesús la tranquilizó, diciendo: "Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y queda sana de tu enfermedad".

Todavía estaba hablando Jesús, cuando unos criados llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle a éste: "Ya se murió tu hija. ¿Para qué sigues molestando al Maestro?". Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: "No temas, basta que tengas fe". No permitió que lo acompañaran más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago.

Al llegar a la casa del jefe de la sinagoga, vio Jesús el alboroto de la gente y oyó los llantos y los alaridos que daban. Entró y les dijo: "¿Qué significa tanto llanto y alboroto? La niña no está muerta, está dormida". Y se reían de él.

Entonces Jesús echó fuera a la gente, y con los padres de la niña y sus acompañantes, entró a donde estaba la niña. La tomó de la mano y le dijo: "¡Talitá, kum!", que significa: "[Óyeme, niña, ¡levántate! ". La niña, que tenía doce años, se levantó inmediatamente y se puso a caminar. Todos se quedaron asombrados. Jesús les ordenó severamente que no lo dijeran a nadie y les mandó que le dieran de comer a la niña. **Palabra del Señor.**

Se dice Credo

Plegaria Universal.

Presentemos ahora nuestras plegarias al Padre, por la Iglesia, por el mundo entero y por nosotros mismos. Oremos diciendo:

Después de cada petición diremos: *Escúchanos, Padre.*

- Para que el Papa Francisco, sucesor del apóstol Pedro sea para todos los cristianos un buen testimonio de la alegría del Evangelio. **Oremos.**
- Para que los creyentes de las distintas religiones aprendamos cada día más a respetarnos y a amarnos. **Oremos.**
- Para que Dios, quien no hizo la muerte sino quien es la fuente de la vida, pueda traer un fin al aborto y a toda forma de violencia en nuestro mundo.
- Para que el tiempo sea bueno y todos contribuyamos para gozar de una naturaleza limpia en la bella sucesión de las diversas estaciones. **Oremos.**
- Para que los conductores de vehículos, tanto privados como públicos, actúen con sensatez y con respeto a los demás. **Oremos.**
- Para que el Espíritu de Dios ilumine nuestras incertidumbres y nuestras dudas, y fortalezca nuestras debilidades. **Oremos.**
- Para que se fortalezca con el fuego de tu Espíritu a todos los misioneros, que en tu nombre anuncian la Buena Nueva del Reino, en la misión virtual Parroquial y sepamos responder al llamado de Jesús. **Oremos.**

Escucha, Padre del amor, las plegarias que te hemos presentado, y también todas las que cada uno lleva en su corazón. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Oración sobre las Ofrendas

Señor Dios, que bondadosamente realizas el fruto de tus sacramentos, concédenos que seamos capaces de servirte como corresponde a tantos misterios. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Antífona de la Comunión

Bendice, alma mía al Señor; que todo mi ser bendiga su santo nombre.

Oración después de la Comunión.

Que la víctima divina que te hemos ofrecido y que acabamos de recibir, nos vivifique, Señor, para que, unidos a ti con perpetuo amor, demos frutos que permanezcan para siempre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Sal 102, 1

Reflexión



En las lecturas dominicales es normal que Jesús nos pida que debemos redoblar nuestra confianza en Él en los momentos difíciles y sobre todo en los momentos donde me resulta más

difícil creer, en los momentos y en los lugares donde me es más difícil ser cristiano de verdad, demostrar mi fe. El evangelio de hoy es una muestra de ello: la importancia de confiar en Jesús, tener fe en Él, porque Él no nos fallará nunca.

¿De cuántas maneras nos enfrentamos al hecho de que necesitamos a Dios en nuestra vida? Estos dos personajes nos muestran cómo a Jesús se le encuentra desde cualquier situación vital, sin que importe ni la condición social, ni la opinión que uno tiene de sí mismo, o la opinión que puedan tener los demás sobre él. Jairo era hombre, jefe de la sinagoga, personaje reconocido de su sociedad. La enferma era mujer y, por razón de su enfermedad, viviría recluida, sin poder tocar ningún objeto de su casa, pues era impura. Marcos cuenta la enfermedad de la mujer con todo tipo de detalles, expresando lo que siente ella en su interior.

Jairo podía perder su prestigio cuando acudió a Jesús en busca de ayuda para su hija.

La mujer enferma de flujos no podía acercarse ni a su marido ni a sus hijos. Nadie puede tocarla ni tocar sus cosas. Estaba condenada a no hacer nada, a sentirse absolutamente inútil. Su autoestima, después de doce años, en esa situación, estaba por los suelos, y la depresión crecía en su interior. Su enfermedad la condenaba al olvido, a la muerte en vida. Sólo le quedaba la dignidad que se jugó al acercarse a Jesús para tocarle el manto, en un último intento de obtener la salud. La necesidad, junto con la vergüenza, abrieron el corazón de aquella mujer a la esperanza; Jairo se atrevió a pedir en público, ayuda para su hija. La mujer se atrevió a salir y tocar a un extraño. Los dos recibieron el empujón necesario para dar el primer paso hacia la solución de sus problemas.



No se vieron defraudados. La mujer tenía tal convencimiento y tanta fe que ni siquiera tuvo que decir lo que quería. ¿Qué tenía el toque de aquella mujer para que Jesús lo notara?, lo dice muy claramente el texto: la fe. Jairo recuperó a su hija sana, ¿Por qué? Porque tuvo

fe. Estas maneras de acercarse a Jesús nos muestran que, hagamos lo que hagamos, nunca saldremos defraudados si estamos dispuestos a asumir los cambios que Él nos pida. Si tenemos deseos intensos de ser curados por Él, Jesús será nuestro mejor aliado.

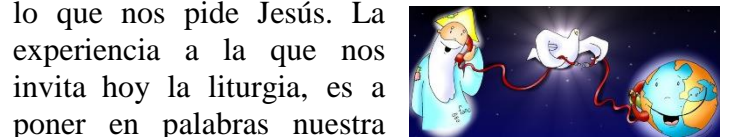
¿Qué es lo que nos falta a nosotros, cuando también nos acercamos y tocamos sus estampas, sus imágenes?, ¿qué nos falta cuando participamos en sus sacramentos, signos de su presencia en medio de nosotros?, ¿qué nos falta a nosotros cuando pedimos cosas?, pues en el fondo nos falta fe.

Y ¿qué es la fe?, ojalá vivirlo fuera tan fácil como definirlo. La fe es saber reconocer su presencia a nuestro lado, es saber aceptar sus planes por encima de los nuestros, es tener un corazón tan generoso que es capaz de poner a Dios allí donde teníamos que estar nosotros, es no perder la confianza en Él cuanto todo indica que no aparece por ningún lado. Nos falta fe para aceptar sus designios, ahora entendemos aquellas palabras del salmista “mis planes no son vuestros planes, mis caminos no son vuestros caminos”, nuestra fe es una fe interesada, poco comprometida, superficial, casi al punto de que no la podamos llamar fe.



De nuevo aparece en nuestros labios la petición de los apóstoles cuando el mensaje de Jesús era demasiado exigente para ellos, “Señor, aumentanos la fe”. Esa es nuestra petición en el día de hoy, en el día de hoy y siempre, porque siempre nos quedaran pasos por dar, en lo que nos pide Jesús. La experiencia a la que nos invita hoy la liturgia, es a poner en palabras nuestra realidad no siempre positiva y a provocar el encuentro personal con Dios. Encuentro que nos dará la energía que necesitamos para seguir viviendo con ilusión las situaciones problemáticas de nuestra vida.

Se lo pedimos al Señor, y lo hacemos especialmente para los que estamos aquí participando en la Eucaristía. Lo hacemos, al tiempo que recordamos a todos los que sufren, a los que están solos o enfermos.



Se lo pedimos al Señor, y lo hacemos especialmente para los que estamos aquí participando en la Eucaristía. Lo hacemos, al tiempo que recordamos a todos los que sufren, a los que están solos o enfermos.



Te puede interesar...

«Sacerdote en una sociedad que tambalea». 5 claves para un sacerdocio de todo tiempo y lugar

Ser sacerdote hoy, en medio de una actualidad en la que, en palabras de Troeltsch, «todo se tambalea» se ha dispuesto cada vez más retador y exigente. Inicialmente, requiere una formación integral, alejada de la idea de que esta es una serie de objetivos que han de superarse para avanzar en el proceso. En cambio, debe ser aquella formación permanente, que implica la vida entera. La que sirve para establecer las bases sólidas donde se construirá constantemente el discípulo configurado con Cristo: el alter christus, otro Cristo.

Ya que donde todo se está tambaleando, surge una pregunta sobre el centro del servicio presbiteral y que sustenta la vocación religiosa: en un momento de constante transformación, ¿dónde está la identidad integral que permita ser sacerdote para la iglesia de todo tiempo y lugar?

Tener una mirada esperanzadora. Este camino de fe y formación demanda, de manera apremiante, tener una mirada esperanzadora. Una mirada que se encuentre fundada en un cimiento seguro, que no es otro que la persona de Jesús (1 Cor 3, 11).



Hay que evitar que caminar hacia adelante se convierta en una loca aventura, como un reinventar la vida sacerdotal. Al contrario, debe permitir que el sacerdocio se vea renovado desde los orígenes. Reforzado con el testimonio de los siglos. Madurado y acrecentado, el sacerdocio debe ser como un manantial del cual fluye un sinfín de experiencias, que impulsan al discípulo a caminar hacia delante y sin alejarse del Maestro.

El sacerdote hoy necesita ser servidor de la alegría. Hoy más que nunca, ser sacerdote exige – en palabras del cardenal Kasper – ser un «servidor de la alegría». Esta es la forma más convincente de realizar una pastoral efectivamente vocacional.



Quien se sienta llamado, debe descubrir a sacerdotes que han optado por seguir a Jesús de manera íntegra. Y, en el rostro de estos, el reflejo de la magnificencia de la verdad, que viene comprendida en la fe. Con ello, toda la preciosidad contenida en la identidad sacerdotal. Que transporta un testimonio seguro y alegre, y contribuye a la alegría del mundo (2 Cor 1,24).

Vivir la fe de manera consistente. La sociedad de hoy es todo menos consistente y cada día se tambalea de diversas maneras. Mucho más en medio de circunstancias pandémicas, llenas de incertidumbre y zozobra.



De la misma manera en que el hombre de hoy se ve inmerso en esta, el sacerdote se encuentra retado constantemente por esa misma inconsistencia. La tentación de vivir una crisis de identidad es una realidad actual. Una tarea que no se puede ignorar.

Poner a Jesús en el centro. Ser sacerdote hoy implica una vivencia seria y madura de la vocación cristiana. Aquella que descubre

como centro de fe a la persona de Jesús, quien en medio de una historia en la que los caminos se tornan intransitables, se presenta como el camino de la verdad y de la vida (Jn 14, 6). Un Cristo que en medio de una sociedad en la que la identidad es poco clara, se presenta como el «Yo soy» (Jn 4, 26; 6,48; 8,12).



Pues, en suma, ser sacerdote es permanecer con y en Cristo. Pero no en un «cristo» que sirva a invenciones humanas o a formulaciones convencionales de la piedad o de la moralidad; un «cristo» no creado en la imagen o para las necesidades del hombre, bajando su divinidad a ideales humanos.

Sino un Cristo al cual hay que seguir constantemente, con el que se debe de compartir (Mc 3,14) y con quien se ha de habitar en la misma casa (Jn 1,38-40). Un Cristo que se presenta como escuela de vida y, más tarde, de sufrimiento y entrega total. Hay que reclinar la cabeza en el pecho del Maestro, tal como hizo el discípulo amado (Jn 13, 23), para vivir, renovar y profundizar en el misterio de su persona.

Por tanto, al sacerdote – y a quien se forma para serlo –, le urge con suma insistencia adherirse a quien es la piedra angular que sostiene y cohesiona todo. No hay otra medida u otro punto de orientación que sirva de guía y columna para la vocación sacerdotal.

Una vivencia profundamente cristiana. El discípulo debe ser una persona sumamente arraigada en el cimiento inamovible de la persona de Jesús. Pues, como vacacionado y como sacerdote, tiene como misión, entre otras, la de ser testimonio que contagie la firmeza en una comunidad que constantemente se ve tentada a tambalear. No solo en la fe, sino también en su propia identidad cristiana.



Así como toda vivencia cristiana es, por el bautismo, una experiencia sumamente sacerdotal, toda vivencia sacerdotal es, y debe ser siempre, ante todo una vivencia integralmente cristiana. Donde la fe madura sea constante en mantener la mirada fija en Jesús de Nazaret, que es autor y consumidor de la misma (Hbr 12,2). Donde la razón de ser del sacerdocio sea la de permanecer firme en el amor y el seguimiento de Jesús, quien nos ha llamado para ser amigos suyos (Jn 15,15).

«Un auténtico servicio a la Palabra requiere por parte del sacerdote que tienda a una profunda abnegación de sí mismo, hasta decir con el Apóstol: “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (S.S. Benedicto XVI)

